

M. MARKUSEN

El pecado de los *titanes*



TRILOGÍA DE ALAN Y AMANDA 3

THRILLER

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del M. Markusen. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© M. Markusen, 2023

Instagram @marcmarkusen

www.mmarkusen.com

Portada editada con Canva.com

Primera edición 2023

Safe Creative 1853644785236 Todos los derechos reservados

REGRESANDO A LA VIDA

KARL

Me duelen todos los huesos y, a pesar de tener los ojos abiertos, la oscuridad me domina. Mis músculos están paralizados y hace un frío insoportable que me resiente la piel. ¿Qué me está ocurriendo?

—¡Mierda, doctor no ser! —se queja un hombre joven con tono de preocupación y un acento eslavo muy cerrado—. ¡Dejar yo estudios de carrera medicina en universidad a medias en país mío!

—¡Ya lo sé, Drake! ¡Me lo has recordado un jodido millón de veces! —regaña una mujer con voz madura y ruda—. ¡No te cuesta nada intentar salvarle la vida al chaval! ¡Haz lo que puedas para que no la palme, joder! ¡Supuestamente, este tipo es doctor, y te ha repetido unas seis veces qué debes hacer! ¡¿Te lo va a tener que repetir una séptima?! ¡Deja de lloriquear y cose, que tampoco es para tanto! ¡Al fin y al cabo, no te están clavando la aguja a ti!

—¿Y si viejo mentir?

—¡Si “viejo mentir”, “chico morir”, y si tú no “hacer caso” al viejo, “chico también morir”! ¡Solo podemos fiarnos de él y rezar para que diga la verdad!

Dos manos fuertes y congeladas manipulan mi cuerpo.

—Cagar en puta... ¿Haber visto cuánta sangre? Creo que vomitar voy —informa el tal Drake con voz temblorosa y emitiendo una arcada.

—¡Ya te expliqué cómo coser la herida, eslavo! Las dos balas atravesaron su cuerpo y no tocaron ninguna arteria importante —recuerda alguien que me resulta familiar—. ¡Hasta un chimpancé sería capaz de lograrlo!

—¡Eh, viejo soplapollas! —reprende la mujer—. ¡No insultes a mi compañero o te arrojaré al mar, y en tus condiciones te ahogarías en cinco segundos!

—Lo siento... —se disculpa él—. Curaría yo al chico, pero sabéis cuál es mi situación.

—En ese caso, ¡no toques más las narices y deja trabajar a Drake! ¡Hace todo lo que puede!

—Hacer lo que poder, sí —susurra Drake—. Ni idea de qué estar haciendo, la verdad.

La voz del viejo al que están amedrentando me recuerda a la de... ¿Barry? Es imposible.

¡Abro los ojos, aterrado!

¡No puede ser él!

—¡Ey, chico! —me saluda la mujer al pillarme abriendo los párpados—. Mantén la calma, ¿de acuerdo? Te estamos ayudando. Tienes dos heridas de bala muy serias, aunque el tío con el que te encontramos es doctor y nos está ayudando a curarte. Supongo que ambos os conocéis. Cuando evitemos tu muerte, ¿me explicarás cómo te hiciste estas heridas?

Efectivamente, y como sospechaba, es madura y varonil. Su pelo es corto, despeinado y blanco. ¿Cincuenta años? Parece un esqueleto gruñón, aunque, a pesar de su extrema delgadez, algo en su forma de mirar me impone un profundo respeto.

Un joven barbudo, con el pelo largo, rubio y alborotado, cose una de mis heridas. Suda como un especialista en explosivos novato a punto de cortar el cable rojo del dispositivo más complejo del planeta.

¿Qué lugar es este? No puedo girar mi cabeza porque mi herida del hombro envía punzadas dolorosas a mi cerebro, pero logro inspeccionar un poco mi entorno moviendo mis ojos. Parece el camarote de un pequeño barco pesquero.

¿Por qué sé que se trata de un barco de este tipo y no de otro, como de contenedores o un remolcador? La respuesta es bastante simple. Las camas están hechas de madera mohosa; los tripulantes, Drake y la mujer, apestan a pescado; mi cabeza da vueltas y mi estómago solicita un reembolso por el zarandeo

extremo; además, entra un viento por la puerta del camarote con olor a mar.

No recuerdo ver ningún barco mientras buceaba tras caer por el acantilado, aunque... sí me pareció percibir una intensa luz que, y ahora me doy cuenta, confundí con el túnel al mundo de los muertos.

Antes de caer hasta las aguas, Barry me disparó tres veces. Una primera vez, en el abdomen, otra segunda, en un hombro, y por tercera y última, apretó el gatillo estrujando la punta de su arma contra mi pecho, aunque no llegué a sentir el disparo. Para él, la situación tampoco fue muy favorable. Nadó y luchó para no hundirse bajo las aguas en mitad de un mar embravecido. ¿Cómo es posible que ambos sigamos viviendo? El tercer disparo, directo al corazón, debió sentenciar mi muerte. Sin embargo, la ruda mujer acaba de confirmar que solamente tengo dos heridas de bala, y me parece que ninguna está en el corazón, porque significaría que soy inmortal.

Intento hablar, pero... no es una tarea sencilla.

Estoy muy débil.

—¡Ya casi tú curado! —exclama Drake—. ¡Falta poco! ¡Sangre sale cada vez menos!

Lanzo un gruñido al monstruo inhumano de Barry que, tumbado en una camilla a mi derecha, observa con un brazo vendado y un ojo medio cerrado la carnicería que está perpetrando Drake.

—¿Dos... disparos? —pregunto—. Hubo un tercero... Lo recuerdo.

Levanto con esfuerzo la cabeza para saber cuál es el estado de mi pecho, ¿y no hay ninguna herida? Barry tuvo mi vida en sus manos, sin embargo, no me la arrebató. ¿Por qué no lo hizo?

—Deberías evitar hablar, chaval. Estás muy malherido y tienes que ahorrar fuerzas —me ordena el hijo de puta de Barry.

Abre mucho sus párpados orientándolos hacia El Melenas de Drake y la mujer flacucha y ruda. Recibo el mensaje telepáticamente. “Cierra la maldita boca, que estos dos,

aparentemente, no nos conocen, y si eso cambia, podrían llamar a la policía”.

¡Mierda! En ese detalle, en concreto, tiene razón. Esta gente parece que no me ha reconocido a pesar de que mi cara apareció en las noticias, y tampoco sabe lo que acaba de pasar al lado del orfanato, sobre el acantilado. Acaba de pasar..., o eso creo, porque no sé cuánto tiempo ha pasado desde nuestra caída.

—¿Le pides al chico que no hable? ¡No somos gilipollas, señor doctorcito! —increpa la mujer a Barry—. Este muchacho tiene el torso hecho un puto colador. ¿Pensaste que no nos daríamos cuenta de que pasaba algo entre vosotros dos? En cuanto os rescatamos del agua, supimos que una pieza no encajaba. Por lo que intuyo, tú quedaste así, incapacitado por el golpe de la caída, y él... —¿Es cosa mía o acaba de decir “incapacitado”?—. O bien tú le disparaste, o los dos os metisteis en una movida muy jodida que acabó como el rosario de la Aurelia. Sea cual sea la respuesta, la policía decidirá qué hacer con vosotros. No somos animales y no os dejaremos morir, pero los agujeros de bala no se pueden tomar a broma, y bastante estresante es el papeleo en las oficinas de Capitanía Marítima como para, además, tener a la ley tocándonos las pelotas.

—Aurora —indica Barry, levantando un dedo.

—¿Qué pasa ahora con Aurora?

—Te intento corregir, porque la forma correcta de ese refrán es “Como el rosario de la Aurora”, no de la Aurelia.

—En vez de intentar rectificarme —la mujer parece ofendida—, ¿por qué no coges el hilo de coser que le ha sobrado a mi compañero y te coses la puta boca? Soy la capitana de este barco, y diré los refranes como me salga del chimichurri. ¿O también está mal dicho y el señorito quiere que diga “coño”?

—No. Chimichurri está bien.

Me hace reír por lo bajo. Esta mujer me cae bien. Es madura, con mal carácter, pero que por dentro transmite, en cierta medida, algo de ternura. Me recuerda a la madre de James. Cuando éramos pequeños, ella se enfadaba con él si pedía un bocadillo para merendar al llegar a casa del colegio, pero, a

regañadientes, nos hacía uno a cada uno cargado con un cerdo entero a trozos, y la barra de pan era tan grande, que perfectamente podíamos alimentar a toda una manada de elefantes. El que me tocaba a mí siempre lo era un poco más, y nunca supe por qué.

No sería extraño que estas personas no tuvieran televisor, porque no me han reconocido, aunque mi rostro solo se publicó hace un par de días. Tengo entendido que en los barcos pesqueros hay equipos de comunicación y navegación que consumen mucha energía, y si combinamos esto con el poco espacio disponible, una televisión es algo prescindible. Pero en cuanto lleguen al puerto, verán mi cara en las pantallas o la gente del lugar me reconocerá.

—Entonces, después de curarme, ¿llamarán a la policía? Debería darnos una oportunidad para explicarnos, digo yo.

—¿Eres tonto o me tomas el pelo, muchacho? —se indigna la mujer—. Mi camarada te está salvando literalmente la vida, ¿y a ti se te ocurre la brillante idea de pedirme explicaciones? Si quieres, me dices tú lo que debo hacer en mi barco. ¿Le habría parecido bien, al señor, si lo hubiéramos dejado morir en las frías aguas? —Hace una pausa para lanzar una cuestión a Barry—. ¿Cómo coño se llamaba este crío tan imbécil? Me están entrando ganas de hacerle un tercer agujero en el culo a tu camarada.

—Sumando el esfínter sería el segundo agujero en el culo, no el tercero —corrige Barry.

—¡El tercer agujero de bala, imbécil! —grita enfurecida—. ¡¿Me dirás hoy el nombre de tu camarada, por favor, o me tengo que echar una siesta y esperar a mañana después del desayuno?!

—Karl.

Estoy en un barco pesquero mugriento que apesta a entrañas de merluza, con mi vida literalmente pendiendo de un hilo, y en manos de un par de pescadores algo perturbados, además, vigilado por el hombre que hace unos minutos quería acabar con mi vida. Genial. ¿He tocado fondo ya?

— Parecer que camarada Karl dejar de sangrar y heridas estar mucho mejor — comenta Drake con su acento torpe, limpiando el sudor de su frente con su manga, y suspirando aliviado.

— Bueno, chico. Al menos no morirás en este barco, siempre y cuando no se infecten tus heridas, y no puedo hacerte esa promesa en el deprimente estado de este antro — explica la mujer... ¿con optimismo?

— Estoy en deuda con vosotros — agradezco—. Necesito saber, si eres tan amable, cuánto hace que estoy aquí.

— Piensa un poco, muchacho. Al ritmo que perdías sangre, no habrías seguido con vida mucho más tiempo.

— ¿Quieres decir que hace apenas unos minutos que llegué aquí?

— Aproximadamente, sí. Y ahora que estás a salvo, necesito tu versión de lo que pasó entre el doctor y tú. Él ya me contó la suya. Espero, por vuestro bien, que ambas historias coincidan.

Me pilla desprevenido. ¿Qué hago ahora? Barry ha mentido a esta mujer respecto a mi nombre. ¿Karl? ¿No se le ha ocurrido uno más horrible? En fin. Entiendo que él también habrá mentido respecto al suyo, y eso significa que tampoco ha contado la verdad de la pelea y nuestra posterior caída. ¿Qué historia se habrá inventado para explicar los agujeros de bala?

Observo a Barry de reojo, a la espera de una señal que me dé una pista.

Se toca la nariz mucho y me guiña un ojo. No sé si se referirá a...

Nariz...

Me la juego.

— ¿Cómo te llamas? — pregunto a la mujer.

— Meryl — responde.

— Me recuerda al nombre del personaje de un videojuego de espías muy famoso. El título era algo similar a Metal..., no sé qué.

— No te andes por las ramas, muchacho. Ve al grano.

Nariz...

—Tienes razón. —Tomo aire—. El doctor y yo tenemos una deuda con un narcotraficante; un tipo muy peligroso. Nos localizó y dio caza hasta arrinconarnos al borde de un acantilado. No teníamos suficiente dinero para saldar la deuda, de modo que, tras un fuerte forcejeo, el traficante me disparó tres veces y mi compañero, aquí presente, tiró de mí y nos arrojó al mar para evitar que alguna de las siguientes balas acertara en un órgano vital. Las probabilidades de sobrevivir eran mayores en el mar que siendo tiroteados. De hecho, aquí estamos vivos y coleando.

Meryl nos mira a Barry y a mí, frunciendo el ceño.

—Por suerte, vuestra historia coincide más o menos. Tranquilo, chico. Te creo. Tras escuchar tu versión, me quedo más tranquila. Si has mentido y coincidido con la historia del doctor de pura casualidad, este sería un *deus ex machina* que no parecería ni en la peor de las novelas, pero me fío de ti. Tienes cara de buen muchacho, y tus ojos me dicen que no eres un mentiroso. Aun así, tengo que informar a las autoridades de vuestra presencia en el barco. No tengo opción. Lo que os ocurra a ti y a tu viejo amigo, el doctor, es ahora asunto de la policía, no mío. Drake y yo haremos unas llamadas. Os dejaremos un rato a solas.

La mujer conecta nuestras miradas y comprendo el mensaje telepático que me transmite. «¿Me juras que este viejo de mierda no fue el autor de los disparos y me puedo marchar tranquila a hacer las llamadas?». Asiento con suavidad para que reciba mi respuesta. Después de todo, quedarme a solas con Barry será perfecto para poder cargármelo a mi antojo. Intentó asesinarme, y abusó sexualmente de Vanessa. ¿Quién podría hacer caso omiso a esos delitos? Este monstruo no merece seguir viviendo. Terminaré lo que empecé tras el incendio de mi casa. Además, su mera existencia pone en riesgo la vida de Vanessa, y eso es algo que no voy a permitir.

Los habitantes del pequeño barco pesquero que apesta a tripas podridas de merluza, Drake y Meryl, salen por la única puerta del camarote, y cierran un pestillo desde fuera que

suenan con un ligero choque de dos piezas de metal. Escucho sus pasos, alejándose.

Barry y yo nos quedamos solos.

Echo un vistazo con más detenimiento a este lugar. Barry reposa tumbado sobre una camilla. Levanto mi cuerpo y me siento en la mía, con cuidado por el dolor que me producen las heridas. ¿No hay nada más por aquí? A simple vista eso parece, sin embargo, me las apañaré para matarle con lo que sea. Si no me queda otra opción, colocaré su cabeza bajo la pata de la cama y la aplastaré repetidas veces.

—Bueno, Alan... —carraspea—. Como puedes comprobar, hemos sobrevivido a la caída, y tú, más concretamente, a los disparos. ¡Menuda suerte! ¿No te parece, chaval?

¿Los disparos, hijo de puta? No eurras el bulto. ¡Tus disparos! No será necesario responder a su pregunta, porque me lo voy a cargar ahora mismo. Meryl llamará a la policía al volver y encontrarse el cadáver de Barry, pero prefiero pudrirme en una cárcel, a que este engendro del averno intente hacerle daño a Vanessa.

Hago un esfuerzo por levantarme... Joder, me duelen mucho las heridas. Solo llevo puestos unos vaqueros que todavía están mojados por el agua del mar. Estoy descalzo y tengo los pies helados. En mi hombro y mi abdomen, hay puntos de sutura aplicados con torpeza, pero no estoy en condiciones de ser exigente; Drake me ha salvado la vida y con eso basta.

Al estar tumbado, no había visto un armario que había a mi izquierda. Es de madera blanca y tiene dos puertas de cristal. Dentro se ven toda clase de medicamentos. ¿Habrán algún bisturí guardado? Sería muy útil para rebanarle el cuello a Barry.

Abro varios de los cajones de la parte inferior. En uno de ellos, encuentro la fotografía de una mujer muy atractiva y desnuda. El papel de la foto tiene manchas amarillentas. ¡Dios santo! Espero que no las produjeran los fluidos de los testículos de Drake. ¿Sabe que existe Internet para hacer estas cosas?

Limpio mis dedos, con cara de asco, arrastrándolos por mi pantalón, y sigo rebuscando en los cajones. Encuentro una carta

con un corazón dibujado con pintalabios. ¿Quién sigue escribiendo cartas en este siglo? Leo. “Querido Drake. Te regalo esta foto para que no me olvides y te sirva de consuelo en tus largos viajes por el ancho mar. Eres mi cliente favorito.” Supongo que está escrita por la chica de la foto, y una primera impresión sería pensar que se trata de una prostituta asidua de Drake.

¿En qué momento he distraído mi mente? ¡Vuelve a tu objetivo!

Seguiré buscando en el cajón.

Un par de lápices ruedan junto a los movimientos del barco y... ¡Premio! Hay un cuchillo pequeño para cortar patatas. No es mucho, pero el filo parece recién afilado. Será suficiente para matar a este hijo de puta.

Me volteo hacia Barry, cuchillo en la mano.

—No será necesario que malgastes saliva; te voy a matar aquí y ahora —amenazo.

Barry, tumbado en su cama bocarriba, ríe y tose a la vez.

—¿Dices que me vas a matar? ¿Crees que arrebatar la vida de alguien por primera vez es tan fácil como estornudar? Requiere de agallas y tú, amigo mío, no las tienes. Se ve a simple vista. Mírate la mano, haz el favor. —Mis dedos tiemblan tanto, que no percibo el tacto del cuchillo que sostengo—. Te lo digo en serio, chaval. ¿Esto te parece un juego? No has matado a nadie en toda tu puta vida, y no me matarás a mí. No pudiste hacerlo cuando estábamos en la cima del acantilado, y no podrás hacerlo ahora.

—Sí que intenté matarte, Barry. Recuerda que te arrojé por...

—¡Vamos, Alan, por el amor de Dios! Te engañas a ti mismo —interrumpe—. A pesar del odio que nos procesamos, te considero un chico inteligente. No me hagas cambiar de opinión. ¿Me arrojaste o te arrojaste? Admítelo. Tuviste una oportunidad de oro para lanzarme solo a mí y dejar que me ahogara en las profundas y frías aguas del acantilado, rescatar a la chica como un puto héroe y vivir feliz y follando sin parar el resto de tus días, sin embargo, decidiste acompañarme en la caída. Te diré qué pasó por tu cabeza en ese instante, ¿me lo permites?

No tenías los cojones suficientes para matarme a sangre fría, y llegaste a la conclusión de que era más sencillo arrastrarme contigo a la muerte.

— ¡Eso no es cierto!

— Punto primero. Si continúas gritando de esta forma, nuestra querida amiga Meryl dejará de creerse nuestra mentira.

— No me importa. Solo quiero acabar con esto.

— Punto segundo, y déjame seguir hablando. Si tan convencido estás de que no estoy en lo cierto, y tienes lo que hay que tener para enviarme al otro barrio, ¿cuál es el problema? Deja de parlotear, y ábreme la garganta aquí y ahora. — Sin levantar su cuerpo, estira su cuello como una tortuga saliendo del caparazón—. ¡Córtalo, vamos! Estoy indefenso. Es una oportunidad perfecta y no la debes desaprovechar.

Por primera vez, estoy de acuerdo con él. No tiene ningún sentido continuar con esta charla. Cojeando, me aproximo hasta su cuerpo tumbado y coloco el filo del cuchillo en su garganta.

— Te vas a... enterar, ca... cabrón — amenaza.

— ¿Eso es todo lo que puedes decir, «te vas a enterar», y encima, tartamudeando? Hablando así, no darías miedo ni a un niño pequeño. ¿Qué tienes, diez jodidos años? Vamos, puedes hacerlo mejor, Alan. — Aprieto un poco, y una gota de sangre resbala por su cuello hacia abajo hasta manchar la camilla—. ¿Me vas a matar hoy o te lo vas a seguir pensando?

— ¡Necesito centrarme, eso es todo!

— ¿Necesitas centrarte? — se burla—. Mírate, Alan. Tiembles de los pies a la cabeza. Estás cagado de miedo. — Hace sonar su nariz, olfateando un par de veces—. ¿Eso que huelo es orina? No me lo puedo creer. ¡¿Te has meado encima?! La madre que te parió, Alan. — No me he meado encima, lo dice para avergonzarme—. Ambos sabemos que no lo harás. No es el fin del mundo, ¿vale? Eres un cobarde. Acéptalo de una puta vez y aparta el cuchillo.

Está en lo cierto. No puedo cortar la piel de su cuello; no tengo el instinto asesino necesario. Aparto el cuchillo y doy unos pasos hacia atrás.

—Y bien, Barry —tomo aire por la posibilidad de que mi enemigo aproveche mi debilidad y me mate—, ¿ahora cambiarán las tornas y me matarás?

—Me parece que te estás volviendo más estúpido cada segundo que pasa, chaval. ¿En serio me estás diciendo que no te has dado cuenta de algo relacionado con mi cuerpo?

—No te sigo.

—¿Aún no has caído en la cuenta, Alan? ¿No te has fijado en el insignificante detalle de que no me he movido ni un centímetro en todo este tiempo?

—¿Qué quieres decir con eso?

—La caída para mí no terminó tan bien como la tuya. Las olas golpearon mi espalda contra una roca con fuerza, y eso afectó a mi columna. En resumen. Me he... quedado inválido. No siento nada de cintura para abajo. Sobreviví porque soy un gran nadador, y pude mantenerme a flote hasta agarrarme a la red de pesca de este barco.

¿Qué dice? No puede ser.

—¿Me tomas por imbécil, Barry? Puede que sea un cobarde y no tenga valor para matarte, pero contrariamente a lo que tú puedas pensar, no soy un estúpido.

Señala el cuchillo con sus ojos.

—Clávalo en mi pierna y lo comprobarás por ti mismo —sugiere. Juego con el cuchillo en mi mano, pensativo. ¿Debo hacerlo?—. ¡Alan, Santa Madre de Dios! ¿Puedes dejar de ser un cagón y actuar de una vez? ¡No me voy a morir por recibir una puñalada en una pierna! —Tiemblo como un niño escuchando un ruido bajo su cama. ¡Está bien, lo haré! Apunto a su muslo y... ¡Argh...! No puedo—. Me cago en todo. ¡Trae aquí! —Barry me arrebató el cuchillo y, sin pestañear, lo clava en el centro de su muslo tres veces. ¡Ni se ha inmutado! Ofrece devolvérmelo con el filo manchado de su sangre, mostrándolo sobre la palma de su mano—. ¿Lo ves, chaval? No siento

absolutamente nada. ¿Quieres probar a clavármelo tú, o todavía estás asustado?

No puede ser verdad. Recupero el cuchillo de su mano y lo clavo por cuarta vez, y ¿nada? Ninguna reacción al dolor ni acto reflejo. Ha dicho la verdad. ¡Sus piernas ya no funcionan! Devuelvo el cuchillo al cajón. Si Meryl regresa y me pilla empuñándolo, me meteré en serios problemas.

—No siento lástima por ti, Barry. Un cabrón como tú lo tiene bien merecido. Abusaste de Vanessa cuando ella apenas era una niña, y has recibido una bofetada del *karma*, así que jódete.

—Entonces, estamos en una encrucijada. Tú no puedes matarme para evitar que llegue hasta Vanessa, y yo no puedo llegar a ella, porque no sé dónde vive ahora. Además, en estas condiciones tampoco me valgo por mí mismo. Si contactas con ella, te seguiré y te mataré, dado que yo sí tengo las pelotas para hacerlo, y de alguna manera, la encontraré.

—Pues... acabamos de meternos los dos en un callejón sin salida. No podemos matarnos el uno al otro, y tampoco contactar con Vanessa.

—Eso parece, chaval.

La puerta se abre con un golpe seco y Drake asoma la cabeza.

—Vale, Steve. Policía confirma que no buscar ningún Karl —explica, con su característico acento del este.

—¿Steve? ¿Quién es...? —pregunto confuso a Barry, y este abre los ojos como platos para que me dé cuenta. Si yo soy Karl, Steve es Barry—. ¡Oh, claro! ¡Mi compañero Steve, aquí presente!

Meryl solicita paso a su camarada de mar y entra en el camarote.

—No nací ayer. Pudisteis inventaros vuestros nombres y problema resuelto —sugiere. Es una mujer astuta—. Sin embargo, no tengo ninguna prueba contra vosotros, entonces, por lo que a mí respecta, os pueden dar por el culo a los dos. Hemos puesto rumbo al puerto más cercano. Os dejaremos allí y no aceptaré ofertas extrañas para dejaros en un puerto que esté en el quinto coño. Por cierto, Karl. —Me mira de arriba a abajo—.

¿Puedo saber por qué estás de pie? Has estado al borde de la muerte. Todavía no estás en condiciones de levantarte y, mucho menos, de caminar.

—Soy duro de pelar, Meryl.

—Si tus heridas se infectan, lo pasarás mal, y ya veremos si eres duro de pelar o no, muchacho. —Da una palmada—. Respecto al doctor, conozco a muchos comerciantes y es probable que alguno tenga una silla de ruedas en condiciones. Sé que puedo parecer un poco ruda e insoportable, pero en el fondo soy como un corderito y lamento mucho lo que os ha pasado, sinceramente. Sin embargo, no es asunto mío y tengo un barco que gestionar.

Meryl se voltea con la intención de marcharse.

—¡Espera un momento! —exclamo, y mi grito llama su atención—. ¿Necesitas un ayudante para el barco?

—¿Quieres trabajar aquí? ¿Has fumado algo raro?

—Steve y yo no tenemos un hogar, y tampoco tenemos nada mejor que hacer. Yo soy fuerte, más o menos..., y podría serte de utilidad. Él, bueno... Es un buen doctor, de eso no hay duda. Algo podrá hacer si Drake o tú resultáis heridos trabajando.

La flacucha, aunque ruda mujer, me mira unos segundos sin pronunciar ni una simple palabra. Cuchichea con Drake. No alcanzo a escuchar qué dicen.

Pasados unos segundos, ella habla.

—Tras debatir detenidamente tu interesante propuesta, mi camarada y yo estamos de acuerdo en que dos manos fuertes nos vendrán bien para ganar más dinero y trabajar menos. Dos personas en este barco, por pequeño que sea, no dan abasto para su gestión. Estáis contratados. Pero a la mínima cagada, os arrojaré al puerto. ¿Estamos? Aquí, yo soy la jefa y se hará lo que yo diga. ¿Lo habéis comprendido, los dos?

—Nos ha quedado claro; cristalino —digo.

Barry, en este caso Steve, levanta la mano.

—Necesito hablar con mi compañero un momento. A solas, si fuera posible —solicita.

—Acabo de decir que el barco es mío, ¿y ya me estás dando órdenes, Steve? Mal empezamos —comenta Meryl—. Descansa un par de días antes de empezar a trabajar, Karl. Acabamos de coser tus heridas de bala y tampoco soy un monstruo. Comprendo que necesitas tiempo para recuperarte. Pero pasado mañana, a primera hora, empezarás a trabajar sin excusas. Estaré con Drake en la cocina preparando la cena, por si quieres traer comida a tu amigo o hablar conmigo. Hay pescado. Si a alguno de vosotros no le gusta, lo tiene jodido, porque aquí es prácticamente lo único que se come.

—¿Dónde está la cocina? —pregunto.

—Tercera planta, al fondo, tras pasar la piscina y el teatro.

—¿Tenéis... un teatro aquí?

—¿Naciste ayer, Karl? ¡Este barco es minúsculo! Da unos pasos y encontrarás la cocina.

La mujer se marcha para regresar junto a Drake y cierra nuestra puerta. Barry y yo volvemos a quedarnos solos.

—Alan, ¿por qué coño has pedido que nos quedemos en este montón de chatarra que apesta a sardina podrida? No debemos quedarnos aquí.

—¿Y eso por qué?

Carraspea un poco y me mira fijamente.

—Te contaré algo. No sé si me creerás o no, pero no pierdo nada por intentarlo.

—Teniendo en cuenta que eres un pedófilo e hijo de puta homicida, mi primera reacción será no creerte. Pero has despertado mi curiosidad, así que tú dirás.

—Si no me equivoco, tú leíste mi diario.

—Alguna parte, sí.

—¿No te preguntaste qué quise decir cuando escribí que todo iría como la seda mientras ellos no descubrieran quién era la niña?

—Al leer tu diario me pregunté cómo un padre pudo abusar de su hija, aunque fuera adoptiva.

—Alan, hablo en serio.

Intento recordar esa parte del diario.

—Me parece que algo así leí. Pero, ¿a qué viene eso ahora?

—¿Has oído alguna vez hablar de Los Hijos de la Luz?

—¿Es un grupo de música o algo así?

—No, Alan. Deberías saber quién son, porque están muy relacionados con Vanessa.

—Si están relacionados con Vanessa, será fácil investigar sobre ellos. Ella me contó todo su pasado mientras dormía. Solo tengo que soñar y revivir sus recuerdos.

—¿Otra vez? Déjate de sueños, chaval, que te repites demasiado. Desde que me crucé contigo debajo del puente, no te escuché hablar de otra cosa. Ya no serán necesarios, ¿vale? Olvídate de ellos. Además, ella no pudo contarte esa parte de su pasado.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Ella desconoce esa parte, porque era solo un bebé.

TERAPIA DE PAREJA

AMANDA GOLDSTEIN

Mirándome en el espejo del parasol del coche que le regalé a Wade, termino de dar la última pincelada a mis labios con un rojo muy intenso. El vehículo es un todoterreno último modelo; enorme, brillante, con ochocientos botones y caro de cojones. ¿Qué quieres que te diga? Me sentó de maravilla darle este capricho a mi amigo. En realidad lo compré para mí, pero no me fascinan los coches, no tengo carnet de conducir, y tampoco tiempo ni ganas de sacármelo. A Wade le alucinó, y pasó de ser mi chofer a su propietario. No me preguntes el nombre de este cacharro, porque no lo recuerdo. Odio estos trastos, la verdad. Los veo todos iguales; un simple transporte. Lo mío, aunque ya lo sabes, son las armas de fuego. Wade, sin embargo, lo cuida como si fuera su niño mimado. ¡Incluso habla con él cuando lo limpia!

Míralo, ahí está, arreglando su bigote falso en su asiento de conductor. Por lo menos se afeitó la barba.

Ese bigote es lo más ridículo que he visto en mi vida. Largo y retorcido, formando una pequeña espiral que termina en punta, igual que el de un barbero de principios del siglo veinte. Es de color negro, como su corto cabello. ¿Cómo logra no tener canas a sus cincuenta años? ¿Se aplicará algún tipo de tinte? Es una gilipollez, sí, pero también es algo que nunca hemos comentado. Lo anotaré en mi mente para preguntárselo más adelante.

—¿No encontraste un bigote más cutre en la tienda de disfraces, querido Wade?

—Hoy quería estar espléndido, Amanda. Mi madre repetía, una y otra vez, que era clavado a mi tatarabuelo. Tenía un bigote igual que este.

— ¿Quién, tu tatarabuelo o tu madre?

— Los dos.

— ¿Y tu tatarabuelo también tenía un pantalón vaquero con un diseño insípidamente básico de un color azul simplón sacado de los Simpson, acompañado de una camiseta de manga corta de color naranja sin ningún dibujo?

— Exageras, Amanda. Estoy de puta madre para mi edad y la ropa me queda genial, admítelo.

Doy un suspiro de fatiga mental. Pero creo que Wade tiene razón y estoy exagerando un poco. Al fin y al cabo, solo vamos a una sesión de terapia de pareja, y tampoco era necesario emperifollarse tanto. Me miro y... quizá no debería hablar tan alto. Me he puesto una falda corta y una camiseta roja; un conjunto barato. Antes no daba importancia a estas cosas. ¿Me habrá vuelto gilipollas la herencia de mi madre?

— Hace mucho tiempo que no hablo con James. Todavía no sabe que matamos a su amante —recuerda Wade—. Se quedó muy tocado cuando vio su cadáver en las noticias. ¿Has hablado con él del asunto?

— Creo que deberíamos llevarnos ese secreto a la tumba, Wade. Yo no sabía que mi madre, Nicole, era su amante. ¡Ni se te ocurra contarle nada sin mi permiso, que te conozco, y eres muy bocazas! Al pobre James le daría un infarto si se enterara de que nosotros fuimos los que la mandamos al otro barrio. Me quedé más en *shock* que él cuando se echó a llorar al ver la noticia de su muerte. Sabía que era su jefa, pero no tenía ni idea de que se la estuviera follando a menudo.

— Me confesó que la dejó tiempo antes de su muerte. De hecho, ella lo despidió. Además, hace un año que nos cargamos a esa puta, y James habrá pasado página. Es un chaval muy atractivo y no tendrá problemas para encontrar otra amante. —Me mira fijamente—. ¡Disculpa por llamarla así, Amanda! ¡No quería ofenderte! Nicole. Hace un año que nos cargamos a Nicole.

— Tranquilo, puedes decirlo. Nos cargamos a la puta asquerosa de mi madre —rectifico—. Motivo de más para olvidar el asunto.

—¿James no tenía un lío con la amiga de Vanessa, Raquel?

—Lo tuvieron hace tiempo, pero ella era, aunque no lo pareciera, más liberal que él, y eso fue algo que James no aceptó. Eso fue lo que me contó Vanessa.

—Qué curioso, ¿verdad? El que aparentaba ser más liberal, ha resultado ser el más tradicional.

—Las apariencias, en ocasiones, engañan, Wade. Aunque no siempre. Mi madre era una puta y murió siendo una puta.

—Hablando de esa puta. ¿Qué harás con la herencia, niña? Es una cantidad de dinero extremadamente grande, por no mencionar las empresas y propiedades.

—Ni idea. Me siento algo abrumada con tanta pasta.

¡Ey! ¡Hola, Centinela! ¿Cómo te ha tratado la vida todo este tiempo? Espero que estés genial, sinceramente, y que tengas el trabajo de tus sueños. Quizá has tenido éxito y ahora eres un vendedor de Teletienda seleccionado por los usuarios de redes sociales. ¿Cómo se les llamaba? ¡Ahora lo recuerdo! Se les llama Influencers. No contes-tes si no quieres, no puedo escucharte, pero dicen que se gana mucho dinero con eso vendiendo mierda a gente que no lo necesita.

Te preguntarás, ¿qué ha sido de Wade y de mí? Te pondré al día un poco.

El ADN es el ADN, y cuando aparecí, nadie dudó de mi derecho a poseer todo lo que pertenecía a Nicole. Un viejo abogado veterano en este tipo de casos e íntimo amigo de la abuela Galvin, hizo más fácil la reclamación billonaria. Aunque tener tanto dinero, empresas y poder de sopetón... Me vino un poco grande. Me he ido adaptando. Al principio, me volví algo loca. Recuerdo gritar, “¡Cerraré todas las empresas y hundiré el imperio de mi madre! ¡Que le den por culo a los Hijos de la Luz! ¡Me vais a chupar el coño, cabrones!”. Pero Wade me hizo entrar en razón. Mis conocimientos sobre economía son nulos y él me recomendó resguardar esa fortuna. Si vendía todo, algún Hijo de la Luz compraría las acciones. Tampoco cerraré las compañías. Hice de jefa durante una temporada, bastante mal, debo admitir, pero conocí a gente interesante. Descubrí que la mayoría de los empleados eran gente honrada, algunos con

familia e hijos, que lo daban todo cada día. Preferí no dejar a esas personas en la calle. Lo más interesante fue darme cuenta de que tener dinero no te convierte en un villano, al igual que ser pobre no te convierte en un héroe. Hice amistad con algunos directivos muy adinerados que hacían donaciones frecuentes a gente necesitada. No me vi con la autoridad suficiente para arrebatarles a esas personas aquel empleo que les costó conseguir con tanto esfuerzo y dedicación. Decidí ceder mi puesto a otros de mi confianza. Por ejemplo, ahora James es el director de la web de noticias en la que tanto ansió trabajar. Me lo chivó su madre, la abuela Galvin.

¿Consiguió ese puesto por enchufe? Obviamente. ¿Y qué? Él está completo y feliz, trabaja con un entusiasmo extremo, y el negocio va como la seda. Todos contentos. Gracias a eso, puedo emplear mis esfuerzos en cumplir mi objetivo: cazar a los mamonos de Los Hijos de la Luz junto a Wade.

Te preguntarás, ¿qué ha pasado con nuestra relación en todo este tiempo? Por su parte, cumplió la promesa que hizo a Lance cuando lo enterramos y no se ha separado de mi lado en ningún momento. ¿Puede que exista cierta conexión sexual entre nosotros y me ayude con segundas intenciones? Sí, es posible. Aun así, lo tengo a pan y agua desde hace tiempo. Cuando me altero, algo en mi interior intenta tomar el control de mi mente. El día que uno de Los Eruditos asesinó a Lance, el humo negro que salió de mí me llevó hasta el Señor de Luz, y ese dios no tomó posesión de mis emociones por muy poco. Esa bruma oscura era más de lo que parecía, y el sexo altera mis emociones, por eso la intensa pasión entre Wade y yo se ha reducido considerablemente; algo que a él parece no entusiasmarle. Intenta disimularlo, pero me doy cuenta de cómo me mira.

Por cierto, ¿qué hora es? La miro en mi móvil.

— ¡¿Wade, mira qué tarde es?!

— Sí, será mejor que entremos. Leí en las reseñas de este tipo que, si llegas tarde, pierdes la cita.

Frente al lujoso vehículo hay unos frondosos bosques que oprimen una carretera vacía, solitaria, y por la que no pasa ni

un vehículo si no es para que sus conductores sean atendidos en la consulta que nos espera al final del asfalto. Si pasas por aquí, es para entrar en la casa apartada. No existe otro motivo posible.

Solo tiene una planta a la que se accede por una puerta de metal con un bonito círculo de cristal. A su derecha hay una ventana con una persiana veneciana de aluminio. Nada más. Cuadrada, minimalista y simple, sin embargo, transmite un aire moderno.

Wade y yo salimos del coche y llegamos a la entrada. Mi amigo da un par de golpes en la puerta con tanta fuerza que emite un intenso eco.

—¡Ha del castillo! —me burlo, imitando los golpes de Wade sin llegar a tocar la puerta—. ¿Era necesario llamar como un vikingo?

—¿Sabes que la expresión “Ha del castillo” no está confirmada por ningún historiador? Además, ¿qué tiene que ver un vikingo con un castillo?

—Pues mucho, Wade. En algún lugar tendrían que vivir, digo yo.

—Vivían en asentamientos y fortalezas. Se les llamaba “vallar”.

—No sabía que te gustara tanto la historia.

—Yo tampoco, pero como hace tanto tiempo que no quedamos para ya sabes qué..., pues me entretengo leyendo.

Ya estamos otra vez con el tema del sexo.

—Wade, vamos a centrarnos en la sesión, ¿vale? No seas capullo.

—¿Capullo, yo? ¡Pero si fuiste tú la que quiso dejar de...!

—La puerta se abre de golpe y alguien nos recibe—. ¡Ha del castillo! —saluda Wade, sobresaltado.

Es un tipo joven con un traje elegante, pero sencillo, como el *crupier* de un casino o un profesor de literatura, aunque unas deportivas rojas rompen el esquema de su conjunto. No de un mal modo, la verdad. Diría que le dan un aire... informal. Tiene

unas gafas enormes y perfectamente redondas que ajusta en su tabique nasal con su dedo índice.

—El señor Thomas y la señora Anne, supongo —nos pregunta—. Soy el Doctor Mateo Doran, aunque podéis llamarme Matt. —Alza una mano para ofrecernos paso—. Sentaos, por favor.

Wade es Thomas y yo soy Anne. Lo sé, es obvio, pero lo explico por si acaso. Espero que nuestras nuevas identidades no terminen como el desastroso interrogatorio que perpetramos a John, y apoyados por Robbie. Fue vergonzoso.

—¡Ese soy yo, el señor Thomas Anderson! —recalca Wade—. Ella es Anne, mi pareja.

—Thomas Anderson... —susurra el Doctor Doran—. ¿Cómo Neo en Matrix?

—Sí..., bueno... Mis padres eran muy frikis —esquiva.

¿Wade acaba de decir que sus padres eran fans de Matrix?

Centinela, parece que, en efecto, será tan desastroso como el interrogatorio de John. Pinta mal.

—Si me permite la indiscreción, señor Anderson...

—Tutéame, Matt. Te vamos a contar nuestras intimidades, así que cuanto antes hablemos con confianza, mejor.

—Estoy de acuerdo, Thomas. Como iba diciendo. Debes tener, ¿cincuenta años? Cuando se estrenó esa película en el cine, tendrías unos treinta años.

—Es que mi padre era alcohólico. Se emborrachó una noche, fue al registro, y cambió mi nombre sin permiso. Creyó que sería divertido y que me pasaría por el juzgado al día siguiente para indicar el error, pero detesto la burocracia y no me apetece hacer el papeleo.

—Tu padre fue borracho al juzgado.

—Sí.

—¿De noche?

—De noche. Correcto.

—¿Y le dejaron cambiarte el nombre sin tu permiso?

—Era amigo del funcionario —carraspea Wade—. ¿Vamos a estar así todo el maldito día?

El doctor Doran nos mira y se encoge de hombros.

—Cosas de familia, Matt —intervengo—. ¿Podemos empezar la sesión, por favor?

—Por supuesto —dice el doctor—. Perdonarme. Soy curioso por naturaleza. Por favor, sentaos.

Nos ofrece acoplar nuestros culos en un sofá grande y rojo, aparentemente cómodo, que está justo a la derecha de la entrada. No hay recepción. El doctor trabaja a solas en una sala con un sillón de piel, grande y negro, donde intuyo que se sentará para iniciar la terapia. Tras él, hay una mesa de oficina de madera oscura con un ordenador portátil. Hay dos puertas detrás, una en cada esquina. Una debe ser el cuarto de baño y la otra... ¿Quizá un trastero donde guardar comida, ropa o útiles por si se alargan las sesiones?

A un lado del sofá grande y rojo hay una máquina de agua con la botella por la mitad, y dos palancas, una roja y otra azul. Las botellas de estos cacharros son caras. ¿Cuándo nos hemos vuelto unos vagos, incapaces de comprar varias botellas de dos litros en el supermercado por un tercio de lo que cuestan las recargas para esta dispensadora?

Wade y yo nos sentamos, uno al lado del otro, y el doctor Doran, coloquialmente conocido como Matt, hace lo mismo frente a nosotros en el mencionado sillón de piel. Mete la mano debajo del mueble y saca una libreta con un bolígrafo.

—¿Sabes, Matt? —comenta Wade—. Existe una herramienta cuadrada y diminuta que también incluye los móviles como aplicación, a la que, si aprietas un botón, percibe las ondas de sonido y las convierte en datos. Se llama grabadora.

—Soy muy tradicional —responde—. Bien, Thomas y Anne. Habéis venido hasta aquí porque sois conscientes de que vuestra relación está pasando por un bache, ¿no es así?

—Bache, lo que se dice bache... —susurra Wade.

—No existe ningún problema entre nosotros —opino—, lo que ocurre es que te has puesto cabezón, Thomas, y algo en tu cerebro te dice que tenemos problemas y necesitamos terapia. No somos la pareja perfecta, eso lo acepto, pero ¿qué pareja lo

es? Tampoco estamos tan mal como para contarle nuestra vida a un desconocido. No te ofendas, Matt.

—Tranquila, Anne —calma Matt—. Estoy acostumbrado a las negaciones.

Ya estamos con las dichosas fases de la depresión...

—¿Ese es tu punto de vista? —increpa Wade—. Según tú, todo va sobre ruedas. ¿Cuánto hace que no follamos? Me regalas las mejores experiencias de mi vida y, sin darme un motivo, me las quitas.

—Thomas, se dice tener relaciones sexuales. Puede que Anne se sienta ofendida si lo expresas de ese modo.

—¿Cómo? ¿No es lo mismo?

—Técnicamente, sí, pero es ofensivo expresarlo con esa palabra.

Wade guarda silencio durante unos segundos con indignación.

—Me parece que el que tiene un problema sexual aquí eres tú, Matt.

—No hablamos de mí —se excusa el doctor—. Entonces, ¿el principal problema de vuestra relación es la falta de sexo?

—¿Disculpa?! —me ofendo—. Antes de venir aquí, Wade me garantizó que esta sería, únicamente, una sesión de terapia de pareja para solucionar nuestros problemas de convivencia, no de una terapia sexual.

—Es inevitable conectar ambas cosas —anota Matt—. Por mi experiencia, el sexo es uno de los principales caminos hacia los problemas de pareja. Su falta lleva al estrés, el estrés lleva a las discusiones, las discusiones llevan a...

—El lado oscuro —interrumpe Wade—. Perdona, Matt. No sé por qué he dicho esto.

—Sigo. —El doctor cierra los ojos y suspira. Parece controlar su ira hacia nosotros—. Las discusiones llevan a los problemas de pareja. —Se gira hacia Wade—. ¿Cómo te sientes en esta relación? Es evidente vuestra diferencia de edad. ¿Crees que no influye o, de alguna manera, sí que te afecta?

—Odio tener que confesar esto, pero, aunque a veces cueste creerlo debido a mi extremadamente cuidada piel, soy un tío de cincuenta años. Ella es una joven de treinta años que está buena que te pasas. Estar con ella es como vivir en la casa más hermosa y divertida del mundo, y pasar el día en el jardín exterior. ¿Cuánto me queda para seguir disfrutando del sexo? ¿Cinco años? ¿Quizá diez, con suerte? Probé el dulce caramelo varias veces, me enganché a él, y ahora tú quieres quitármelo de golpe.

—¿Quieres decir que estás conmigo porque estoy buena?! —me indigno—. ¡Si ese es el motivo, ya puedes ir haciendo camino hacia el coche y largarte! Espera, no, que un taxi tardaría un milenio en llegar hasta aquí y me da pereza esperar. ¡Este lugar está alejado de la mano de Dios! ¡Volvemos juntos en el coche, pero después, cada uno a su puta casa!

—¡No estoy contigo solo por el sexo! Tú..., tú eres una mujer... —se traba.

—Acabas de confesar lo que sientes, Thomas, y no te has dado ni cuenta —comenta Matt—. Has dicho que estar con ella es como vivir en la casa más hermosa, y también la más...

—Más divertida del mundo... —susurro.

Matt sonrío.

—¿Por qué no le dices a tu chica lo que sientes por ella realmente? —sugiere el doctor.

Wade toma oxígeno y lo expulsa un par de veces.

—Vale, lo intentaré. Creo que... Creo que eres una mujer increíble y mucho más inteligente que yo. Puede que estés como una jodida cabra, pero esa parte de tu personalidad me fascina porque me hace reír y me vuelve loco a la vez. Eres la mujer más valiente que conozco y te respeto tanto que moriría por ti sin dudarlo. A todas esas virtudes, súmale un cuerpo tentador de diosa y unos ojos de diablo. Joder, no te haces una idea de las veces que he soñado con el polvo que echamos en la sala de...

Le lanzo un rayo con la mirada para evitar que nos delate al recordar aquella vez que follamos frente a cientos de ojos

mirándonos, pero a la vez ocurre que, involuntariamente, se repite aquella experiencia en mi cabeza. Mi corazón se acelera al revivir los sentidos y mi entrepierna se calienta. Todos esos Hijos de la Luz... mirándonos mientras los dos follábamos salvajemente para evitar ser ejecutados... Al menos al principio, porque al final nos dejamos llevar y, no lo negaré, lo disfrutamos.

¿Lo recuerdas, Centinela? Seguro que sí. Tú estabas allí, mirándonos.

Conecto con Wade entrecerrando mis ojos y mordiendo mi labio inferior. Con mi mirada de diablo, le transmito que ahora mismo lo destrozaría sobre este sofá, una y otra vez, hasta quedar satisfecha. Incluso, aceptaría que el capullo de Matt nos mirara. Por desgracia, existe un motivo de peso para que no pueda cumplir este deseo carnal y lujurioso.

¡Qué demonios! ¿Por qué tengo que andarme con sutilezas a estas alturas? ¡Estoy cachonda hasta quemarme, y no poder echar el polvo del siglo con Wade me frustra!

—Wade, nunca hablaste así de mí —comento—. Yo también te valoro, ¿sabes? Tu sentido del humor me mantiene a flote cada día, y nunca me ha importado tu edad, ya lo sabes. De hecho, deberías estar orgulloso porque follas de puta madre, pero... esa es un arma de doble filo. Sabes lo que me pasa cuando me altero o me excito demasiado. —El humo negro—. Hasta ahora he podido domar el problema, sin embargo, si no tomo mi medicación y mis impulsos aumentan demasiado..., no sé qué puede llegar a ocurrirme.

Wade baja los hombros. Comprende mi situación, pero no puede evitar sentir deseo por mí. También me duele no poder dar rienda suelta a nuestra libido.

—Lo sé, Amanda. Una parte mía te necesita, y la otra lo comprende. La abuela Galvin me chivó que vas a clases de yoga para relajarte. Me da rabia que no me cuentes esas cosas. Creí que teníamos la suficiente confianza el uno en el otro para confesar los problemas.

Algunas veces lo mataría, muchas veces, pero cuando se pone tierno, me lo comería bañado en salsa barbacoa.

—Hablares con calma cuando regresemos a casa, ¿vale?
—le digo—. Prometo que no me olvidaré de este asunto y buscaremos una solución.

—El cannabis te relajaría. Podría ser una solución —sugiere Wade.

—Pues...

—Disculpad un momento... —interviene Matt.

—Matt, cállate un segundo, por favor —pide Wade.

Quiere que responda a su idea. No estoy a favor de consumir ciertas sustancias, aunque supongo que probarlas un par de veces al mes no le hace daño a nadie.

—Me vais a tener que perdonar, pero... —solicita Matt.

—Un segundo, por favor, Doctor —pide Wade.

—Es que... —otra vez Matt.

Wade, enfadado, une los dedos pulgares e índices de ambas manos, simulando que medita.

—Matt, ¿te lo tengo que decir en chino, en irlandés o en *klingon*? Amanda y yo estamos negociando el problema por el que te vamos a pagar, y si me interrumpes cada segundo, no podré mantener el hilo de nuestra conversación. ¿Te importaría callarte, solo un poquito?

—Pero es que...

—¡¡Que te calles, coño!! ¡Estoy a punto de llegar a un acuerdo con ella! —Wade se voltea hacia mí—. Amanda, hablábamos del cannabis. Podemos probar un poco e ir subiendo. ¿Tú qué opinas, niña?

Me rasco la barbilla pensando en su propuesta.

—Estaría... dispuesta a intentarlo.

La última vez que follamos fue hace seis meses en su casa y casi le arranco una mejilla de un mordisco mientras cabalgaba sobre él. Costó mucho limpiar su sangre de las sábanas. Wade no le dio la menor importancia. Según él, solo fueron unas horas en urgencias, varios puntos de sutura, y asunto zanjado. Pero me asusté por si perdía aún más el control de mis impulsos y decidí no volver a tener sexo con él, nunca más.

—¿Disculpad? —Otra vez Matt. ¿Pero qué quiere este pesado?—. ¿Vuestros nombres no eran Thomas Anderson, como Neo en Matrix, y Anna? —¡Mierda! ¿Otra vez nos han pillado?—. ¿Por qué os habéis llamado Amanda y Wade?

¿Por qué siempre que nos cambiamos el nombre para ocultar nuestra identidad, nos terminan pillando a los cinco minutos? Es más, ¿qué necesidad teníamos de cambiar nuestra identidad? Conseguí limpiar todo nuestro rastro de lo que pasó en la mansión Giger. Contraté a un equipo de hijos de puta y le prendieron fuego al edificio, junto con todas las grabaciones de Wade y mías.

—¿Por qué siempre nos pillan cuando cambiamos nuestra identidad? —me pregunta Wade.

—Yo estaba pensando exactamente lo mismo, aunque tengo una duda que me corroe el páncreas —comento—. ¿Cuál era el propósito de cambiar nuestra identidad aquí?

—Podía haber algún micrófono oculto y Los Hijos de la Luz sabrían quién los está cazando.

—Matt no tiene micrófono ni Internet, Robbie lo confirmó. De todas maneras, ya no importa, porque este capullo morirá pronto.

El doctor Doran se separa de su silla de un salto, asustado, y da un paso atrás.

—¿Morir, yo? —pregunta, dando otro paso atrás con voz temblorosa—. ¿Qué queréis de mí? Si lo que buscáis es dinero, coger cuanto queráis. Está todo oculto en un falso techo, tras la puerta de la derecha, pero no me hagáis daño, por favor.

—No queremos tu sucio dinero. Amanda está más forrada de lo que puedas llegar a comprender —presume Wade—. Sabemos todo lo que haces aquí y por qué este lugar está tan aislado.

Una gota de sudor resbala por la frente de Matt.

—No... te comprendo. ¿Qué intentas decir?

—Sí que lo comprendes, sí, mamonazo. No te hagas el despistado. Montaste tu consulta a tomar por culo de la ciudad para poder tener tu rincón íntimo con una conexión a Internet

cerrada y segura. Este lugar te permitiría estar a tus anchas y sin llamar la atención.

—Encontramos tu nombre escrito en una lista de grandes maestros de Los Hijos de la Luz que robamos hace más de un año. Había varios más, y tú, Matt, El Afortunado, serás el último de esa lista en morir —explico—. Un colega nuestro, regordete y algo raro, aunque muy astuto, se hizo pasar por un paciente y hackeó tu portátil hace algunas semanas. Sabemos que tu ordenador está hasta los topes de fotos de niños de los que, no solo abusaste, sino que también asesinaste por diversión. Decenas de pequeños desaparecidos que aparecieron en las noticias están fotografiados en tu disco duro. —Me ajusto la falda en la cintura—. Si nos das lo que queremos, te doy mi palabra de que tu muerte será rápida e indolora.

Tiembla y tiritas de la misma manera que un esquimal desnudo. No es estúpido; sabe que lo tenemos pillado por las pelotas. Se las estamos apretando con fuerza y están a punto de explotar.

—¡No hay nada... en mi disco duro! ¡No sé de qué habláis! —miente el doctor Doran—. ¡No conozco a esos Hijos de la Luz!

—Te daré una última oportunidad. Necesitamos una lista con los nombres de Los Eruditos. Seguramente conociste a uno, a la puta de mi madre, Nicole Lambert, y antigua líder de tu secta de mierda.

La mención de mi madre despierta en él cierto interés y dudas. Se acerca un poco, incrédulo.

—Nicole Lambert murió hace un año —recuerda—. Espera, ¿tú eres su hija? Eso es imposible; eres una mentirosa. Yo conocí a la hija de Nicole y no eres tú.

—No me apetece contarte todo lo que me pasó tras la explosión; sería largo, aunque también un relato interesante y divertido. Lo resumiré en dos palabras. Cirugía facial.

—¿Cambiate tu cara? No es posible. ¡¿Eres Amanda Lambert de verdad?! Ahora que lo dices, tus ojos y tu voz...

—No me faltes al respeto, por favor. Mi nombre completo es Amanda Goldstein, no Amanda Lambert. Y es cierto. Mi madre

murió hace un año porque Wade y yo nos la cargamos. Digamos que... le sentó mal la última copa.

—¡Me cago en la puta! —exclama—. ¡Eres tú!

Se parapeta tras su mesa de un salto y tapa su cara con la pantalla de su ordenador.

—No te pongas tantas medallas, porque técnicamente me la cargué yo —corrige Wade—. Tú te limitaste a preparar el veneno, y yo me encargué de la complicada tarea de seducirla. ¿Lo recuerdas? Incluso, creo recordar, que te pusiste un poco celosa.

—¿Celosa yo?! ¡Por favor! Si ligarse a mi madre era más fácil que hacerle cosquillas a un pulpo.

—¿No se te ha ocurrido ninguna frase mejor, niña?

—La verdad es que así, tan de repente, pues no.

Mi compañero saca una pistola semiautomática de detrás de su pantalón.

—¡Al fin he podido sacarme esta cosa! —exclama, aliviado—. Hay que ver lo incómodo que es llevar un arma metida en el culo. ¿Cómo lo hacen los matones en las películas?

—Te dije que te compraría un portafunda, pero te recuerdo que te negaste, Wade.

—Ya te lo dije. ¿Para qué quiero meter la pistola en una bolsa?

—¡Un portafunda es un chaleco, idiota, y se pone en el pecho!

—¡Ah, vale, ahora sé a qué te refieres! En ese caso, sí, quiero uno.

—¡No me jodas, ¿habéis metido un arma en mi consulta?! —grita Matt, cagado de miedo—. ¡Llamaré a la policía!

—Matt, Mattito de mi vida. Sabemos que no tienes enlace con la policía —explico—. ¿Qué clase de gilipollas instalaría una alarma teniendo un ordenador plagado de fotografías de niños desaparecidos?

Piensa en lo que le digo y, pasados unos segundos, ríe por lo bajo. Una de dos: ha aceptado que le llegó la hora de morir o ha perdido el juicio por completo, o ambas cosas a la vez.

—Está bien. Habéis venido a matarme, ¿no es así? Hacedlo ya si queréis —acepta Matt, poniéndose en pie—. Al menos, he disfrutado de una vida plena y llena de lujos. No me puedo quejar.

—¿Nosotros, matarte a ti? No, no, no. Nosotros solo te mataremos si la persona que esperamos y debe hacerlo se niega —explica Wade. Matt parece confuso y preocupado—. Cuando nuestro amigo hackeó tu ordenador, también robó tu lista de clientes. Gracias a esa información, me hice pasar por ti, llamé a uno de tus pacientes y adelanté su cita sin tu permiso. —Suenan el timbre de la puerta—. ¡Vaya! Aquí está, puntual.

Soy la persona que está sentada más cerca de la entrada. Me levanto y dejo pasar al siguiente paciente. Es un hombre joven, con cara de buen chico, gafas anchas y pelo corto.

—Buenas tardes, señorita —me saluda—. Tenía cita con el doctor Doran.

—Pasa, por favor. Ponte cómodo —le ofrezco—. Tu nombre era Roger, ¿estoy en lo cierto? Roger Clemens.

—Sí, correcto. ¿Es usted la recepcionista?

—Técnicamente, sí, porque soy la persona que te ha recibido, pero no soy exactamente el tipo de recepcionista que estás pensando, Roger. Tranquilo, te lo explicaré. ¿Ves a ese señor de ahí y que está a punto de cagarse en los pantalones? —señalo al doctor Doran, que vuelve a temblar igual que un niño ante los dientes de un perro rabioso—. El muy hijo de puta te hace sesiones de terapia por la pérdida de tu único hijo. ¿Cuánto hace que desapareció?

—Seis meses.

Por la expresión de Roger, percibo que no entiende ni papa de lo que está pasando, y es comprensible.

Imagina, Centinela. Ponte en sus zapatos. Entrás, como siempre, a una rutinaria sesión de terapia para superar la pérdida de tu hijo y, como en una serie barata de los años ochenta, el psicólogo está siendo amenazado por dos desconocidos armados. ¿Es hora de llamar al equipo de protagonistas para que acudan al rescate?

—Amigo, estoy convencida de que cuentas cada día que pasa y, en el fondo, no has perdido la esperanza de que siga vivo.

—Sí...

—Seis largos meses sin tu pequeño. ¿Qué explicación te dio la policía?

—Me dijeron que no habían encontrado ninguna pista o rastro y que, sin una huella o una evidencia, tenía que hacerme a la idea de que mi pequeño, probablemente, no volvería jamás.

—¿Cuántos años tenía?

—Seis y medio.

—Seis añitos y medio —repite Wade, mirando al cabronazo de Matt directamente a sus ojos—. Seis putos años y medio. ¿Has escuchado, cabrón? Seis. El chico tenía toda una larga vida por delante. Salir con amigos hasta altas horas de la noche, emborracharse lo suficiente como para vomitar, vivir el primer amor, llorar por ese primer amor, perder la virginidad en un hotel mugriento, y sobrevivir a un accidente de tráfico. ¿Te haces una idea de lo que le has arrebatado a este hombre?

—¿Qué darías por saber la verdad, Roger? —pregunto.

—Daría mi vida, pero... habláis de mi hijo como..., como si todavía estuviera aquí. El doctor Doran me dijo que mi pequeño no iba a volver. Él me está ayudando a superarlo. ¿Esto es alguna especie de sesión?

—¿Eso te ha metido en la cabeza el gilipollas de Matt?

—No comprendo por qué habláis así al doctor Doran, además —el pobre Roger está demasiado confuso—, ¿por qué tenéis un arma? —Da un paso atrás alzando las manos—. Todo esto es muy raro. Será mejor que vuelva a mi casa; lo último que quiero son problemas.

—Tranquilo, Roger —calmo—. Aquí, el único que está con el agua hasta el cuello es el doctor Doran.

Wade empuja a Matt hacia su portátil, clavando la bocacha de su semiautomática en su espalda.

—¡Enciende el ordenador, ahora! —ordena con dureza—. Y busca la carpeta que ya sabes. Si veo que la borras, aprieto el gatillo y te atravieso un pulmón.

—No sé de qué me hablas —miente Matt—. ¿Tú también tienes una carpeta con trabajos de matemáticas en tu ordenador?

Wade aprieta el gatillo una vez apuntando al muslo del doctor. El percutor golpea la parte trasera del cartucho, haciendo explotar un gas que prende y enciende la pólvora que, debido a la presión, lanza el proyectil llamado bala hacia la carne y, posteriormente, el hueso, donde, en el mejor de los casos, se quedará clavada y, en el peor, atravesará el hueso, rompiéndolo en varios pedazos que la víctima notará como astillas atravesando su músculo.

A Roger le pilla por sorpresa y da un salto hacia atrás, levantando las manos.

—¡¡Joder!! —grita.

—Baja las manos —le pido—. No te haremos nada; te doy mi palabra. Este asunto está relacionado contigo, pero indirectamente.

Mi compañero está impaciente y se lo hace notar al doctor.

—¿Recuerdas ya la carpeta —pregunta Wade—, o tengo que agujerearte las pelotas para que recuperes la puta memoria?

—¡¡Hijo de puta!! —se retuerce de dolor el doctor—. ¡Está bien, lo enciendo! ¡El nombre de la carpeta que buscas es *Mole!* —Wade se sienta frente al ordenador. Lo teclea con una mano, sin dejar de apuntar a Matt con la otra—. ¡¿Me vais a curar o dejaréis que me desangre?!

—Tranquilo, Matt. Todavía falta mucho para que te quedes sin sangre —explico—. Entrené bien a Wade en el uso de armas de fuego. Si hubiese querido, te habría dado en la arteria femoral y ya estarías muerto. —Roger, como es lógico, no comprende qué ocurre e intenta salir por la puerta con pasos cortos, disimuladamente. Me interpongo en su camino al captar sus intenciones—. Confía en mí. Si te quedas, no necesitarás más sesiones de terapia.

—¿Dónde está la carpeta *Mole* con las fotos, Matt? —pregunta Wade.

—La tengo metida dentro del culo —se burla el doctor—. ¿Te apetece buscarla?

Wade, sin pestañear, aprieta el gatillo por segunda vez y le vuela dos dedos del pie. Me hace sentir orgullosa como una madre firmando un examen de su hijo, calificado con un sobresaliente.

—Todavía me quedan nueve disparos —vacila mi chico—. Te puedo dejar sin dedos en las manos para que te hagas las pajas con los muñones.

—¡¡Mis dedos, cabronazo!! —brama Matt.

La sangre brota con una preciosa melodía de salpicaduras.

—¿Y este fondo de pantalla tan mono? Se parece a... ¿Es cosa mía, o este es el osito Winnie?

—¡Es el jodido osito Winnie, sí! —confirma el doctor, tapando la herida para evitar la pérdida continua de fluido granate, sin resultados—. ¡Haz doble clic en la nariz del puto oso y encontrarás la carpeta con las fotos!

Wade mira la pantalla, incrédulo.

—¿Me tomas el pelo, Sin Dedos? ¡Ey! ¡Es un apodo simpático! ¿A vosotros qué os parece? —nos pregunta, y hace doble clic donde ha indicado Matt. Algo se abre en la pantalla—. ¡Vaya, pues era cierto! Había una carpeta oculta llena de otras carpetas organizadas por nombres. ¿Cómo se llamaba tu hijo, Roger?

Muestra interés al escuchar su nombre. Me parece que, al fin, comprende qué está ocurriendo y por qué estamos aquí.

—¿Mi hijo? —susurra—. Ash... Se llamaba Ash.

—Un gran nombre. Veamos... Ash, Ash... ¡Aquí! —grita Wade.

Se levanta de su asiento y pide a Roger que se acerque.

Levanto las cejas a Wade, preguntándole con la mente: ¿Estás seguro de que esto funcionará? ¿Se unirá a nosotros?. Él asiente, despacio, respondiendo sin abrir la boca: ¡Claro! ¡Confía en mí, niña!

Desde mi perspectiva, la pantalla está girada, pero no pienso acercarme. Ni por todo el oro del mundo vería esas fotos. Sean como sean, el destino de Matt ya está sellado.

Roger abre los ojos hasta el límite al ver el monitor.

—Ese es... ¿Ash? ¿Son fotos de mi hijo? —Dirige su mirada a Matt, que está en una esquina, arrodillado y perdiendo sangre por su muslo y su pie a un nivel preocupante—. ¡¿Abusaste de mi hijo, cabrón, y ganas dinero haciéndome terapia para que me olvide de él?! —Levanta el portátil con ambas manos—. ¡¡¿Dónde está mi hijo?!!

Lo lanza directo a la nariz de Matt, bañado en una más que comprensible furia extrema. El portátil se rompe en mil piezas, distribuyendo trozos de plástico, circuitos y teclas por todas partes.

Wade le explica qué fue del pobre chico tras pasar por las garras de Matt.

—Un amigo nuestro se hizo pasar por paciente y hackeó este ordenador. Accedimos a nombres y datos sobre niños desaparecidos. Este monstruo entregó a tu hijo a una secta llamada Los Hijos de la Luz, liderada por unos salvajes que se hacen llamar los Eruditos. Por desgracia, ellos... —suspira—. No te mentaré. No volverás a ver a tu pequeño, pero hoy podrás encontrar un poco de paz. —Le ofrece su pistola, mostrándola sobre la palma de su mano a Roger, que la contempla con asombro—. ¿Sabes cómo se utiliza una de estas? Es muy fácil, Roger. Solo tienes que tirar de la palanca corredera para cargarla. ¡Pero no lo hagas ahora, porque ya está lista y saldría un cartucho por la parte de arriba! Después, solo hace falta apuntar y apretar el gatillo con suavidad.

—¿Quieres que mate a este hombre? —pregunta Roger.

Matt nos observa tirado en el suelo y respirando con dificultad.

No dice nada.

—Este hombre abusó de tu hijo y se lo entregó a unos monstruos —le recuerdo.

—Jamás he matado a nadie. No sé si podría... —comenta Roger.

—Amanda y yo te ofrecemos pasar página y, si lo deseas, puedes unirme a nosotros para cazar a monstruos como él —ofrece Wade, pero, de repente, grita a pleno pulmón un— ¡Me cago en la puta! —al ser sorprendido por los disparos.

¡Mierda!

¡Sabía que pasaría esto!

Roger, absorbido por la venganza, ha disparado varias veces sobre Matt como un demonio poseído.

¿Un demonio puede estar poseído, Centinela? Creo que cometí un error. Si el que posee es un demonio, ¿para qué querría poseer a otro? Es posible que en el infierno también surjan trifulcas entre demonios y se posean unos a otros para fastidiarse.

Olvida esto último.

Será mejor regresar al cadáver de Matt.

Una bala impactó directamente en su corazón, lanzando un chorro de sangre. Otras dos, en los hombros. La última fue directa a por una cabeza que quebró. Hay trozos de carne, hueso y sesos del doctor resbalando por las paredes y esparcidos por el suelo. Las manchas de sangre no son menos. Otro disparo entró por su ojo derecho y salió por su nuca, dejando el cadáver tuerto.

Menuda carnicería.

Todavía emite ligeros espasmos *post mortem* en sus extremidades, y su boca se abre despacio.

Roger contempla su obra con cierta excitación; se nota al ver cómo respira. Sus ojos me recuerdan a los de un adolescente virgen, maravillándose por primera vez ante el juvenil cuerpo desnudo de su chica, antes de descubrir el sexo.

No será necesario que lo digas, Centinela. La primera vez, casi siempre, es rápida y frustrante. ¡Pero siempre nos quedará para el recuerdo la segunda vez!

—No ha estado mal —susurra Wade—. Demasiado salvaje, pero para ser la primera vez que matas... En fin, será mejor que

me devuelvas el arma y te expliquemos cómo la iniciativa Asesinos de la Luz va a...

—Wade, no somos Los Vengadores —opino.

—¿No me dijiste que, para plantarle cara a los Eruditos, debíamos formar un ejército?

—Sí, pero no de superhéroes... ¡¡Wade!! —grito para alertar a mi compañero porque Roger, llorando desconsolado, coloca la bocacha bajo su barbilla e intenta apretar el gatillo—. ¡¡La pistola, quítasela!!

Hay que tener en cuenta que mi compañero ha pasado la frontera de los cincuenta años y sus reflejos, aunque luchan por existir, se resienten, y si a eso le añadimos que apenas tiene un segundo para reaccionar antes de la llegada del fatídico esparcimiento craneal, ¿a qué desenlace llegamos? El esfuerzo de Wade por evitar el suicidio de Roger lanzándose sobre él, si bien es noble, también es absurdo.

En un instante, apenas lo que dura un parpadeo, Roger se quita la vida, atravesando la parte superior de su cráneo con una bala desde la parte inferior de su barbilla.

Wade, con la cara manchada con la sangre de Roger, y yo, estupefacta, nos miramos como dos niños que han roto el jarrón chino la hostia de caro de su madre, y no saben cómo salir de esa larga y profunda cagada.

—Amanda, seguramente... ya lo habrás notado, pero estamos en una consulta apartada de todo, solos, con dos cadáveres agujereados, un arma llena de huellas de mis dedos, y un portátil a piezas con cientos de fotos de “tú sabes qué”.

—¿En serio? Pues fíjate que si no me lo llegas a decir, no me doy ni cuenta. Creí que dos idiotas habían montado una orgía con ketchup.

—Se te da fatal el sarcasmo.

—Te dije que no era buena idea darle un arma a un hombre que vería cómo su terapeuta abusó de su hijo. ¿Y qué hiciste tú, a pesar de mi recomendación? Poner una pistola en la palma de su mano. Me parece que tu iniciativa Asesinos de la Luz marcha como la lucha contra el calentamiento global; como el culo.

Tenemos dos cadáveres, cero miembros nuevos para nuestra causa, y una lista con cero nombres de Los Eruditos escritos en ella.

—Ya. Bueno. ¿Qué tal tus clases de yoga, niña?

—No cambies de tema, pero van bastante bien. Gracias por preguntar. Junto a la medicación, me están ayudando a controlar mi trastorno.

—Llamarlo trastorno... no me parece muy correcto.

—¿Soy yo la que lo padece y no te parece correcto cómo lo llamo? —opino, algo molesta—. Está bien, listo. ¿Tú, cómo lo llamarías?

—Pues..., ¿condición?

No está mal.

—Admito que suena mejor, Wade. —Escaneo el desastre que es este lugar—. Llama a los limpiadores para que se deshagan de los cuerpos y la sangre, haz el favor, y hazles la transferencia. Necesito meditar sobre el siguiente paso a seguir. El capullo de Matt era el último nombre que había en la lista que descargó Robbie de la oficina de mi madre, y no sé por dónde seguir buscando a Los Eruditos.

—¿Vanessa no andaba tras uno de ellos?

—No. Vanessa está buscando a un hombre que conoce y, posiblemente, ese hombre sepa algo de ellos. Ese tío es nuestra última bala en la recámara, pero hace muchos años que no sabe nada de él y en las redes sociales no aparece su nombre. Es un puto fantasma.

Lanza un suspiro.

—Sigue sin entrarme en la cabeza lo que vimos en la mansión Giger. Organizar orgías no tiene nada de malo, incluso las respeto. Las drogas... bueno, cada uno es libre de hacer lo que quiera en su casa. ¡Hasta respetaría que comieran carne humana!

—¡Wade!

—¡Carne sobrante de donantes! Suponiendo que eso exista. Pero... lo que les hacen a los pequeños...

—Estoy convencida de que esos niños solo son la punta del iceberg.

Wade rasca su bigote falso.

—Amanda, ¿has conseguido dejar de soñar con la niña que encontramos en la mansión Giger?

—No, Wade. De vez en cuando la veo, y no solo en mis sueños. Debido a mi condición..., la veo llamándome y suplicando no morir.

—Por eso hacemos esto, y por eso creo que los padres deben saber qué pasó con sus hijos. —Contempla el cadáver de Roger—. Le mostramos la verdad y él tomó su decisión. Quizá, ahora esté junto a su hijo en un lugar mejor, en paz.

—No creo en la vida tras la muerte y tú tampoco.

—Puede que no crea en la vida tras la muerte, Amanda, pero solo soy un simple imbécil y es muy posible que esté equivocado. Ojalá esté en un error y este hombre descanse en un lugar hermoso y tranquilo, viviendo en paz junto a su pequeño Ash.

De repente, el ambiente ha cambiado y se ha oscurecido. La tristeza y un silencio sepulcral han contaminado el aire.

—Por favor, llama a los limpiadores —ordeno.

—Claro, Amanda. Enseguida.

Puede que Wade parezca un bromista sin empatía por nadie, pero, en el fondo, sufre más de lo que muestra. Esa característica suya la he aprendido con el pasar de los meses junto a él.

Me mira y carraspea. ¡Mierda! Me he quedado anonadada unos segundos, contemplándole mientras llamaba a los limpiadores.

—¿Querías decirme algo, Amanda?

Sí. Que cuando sacas tu lado tierno, haría el amor contigo hasta el fin de los tiempos. Pero, ¿qué coño acabo de pensar? ¡Sal de mi cabeza, pensamiento estúpido!

—¡Solo esperaba a que hicieras la llamada, idiota! —explico—. ¿Por qué, cada vez que te miro, tengo que querer algo? Sonríe un poco y me ruboriza.

—¿Te has puesto roja, niña?

Recuerdo aquella noche en la mansión Giger, con todos esos ojos mirándonos mientras nuestros cuerpos conectaban.

Joder...

¿Es cosa mía o hace calor de repente? ¿Tú también lo notas, Centinela?

Mis pensamientos tienen vida propia.

Amanda, cálmate y respira. Piensa en ancianos repugnantes corriendo por la playa, con toda esa piel colgando y columpiándose.

Revivo en mis recuerdos las decenas de máscaras contemplándonos, absortas, mientras Wade y yo follábamos como animales a punto de ser degollados, cómo le susurraba al oído pidiéndole más, cómo me sentía mientras, desnuda, sus manos saboreaban mis pechos con sensualidad y embestía mis nalgas con su cadera sin descanso, con vigorosa lujuria y deseo. Recuerdo cómo me miraba con esos ojos rebosantes de placer, como si una diosa de cuerpo perfecto le hubiera regalado la mejor noche de su vida antes de ser sacrificado y enviado a las profundidades del infierno para ser quemado eternamente.

Mierda, ¡mierda! Algo de humo nace de la punta de mis dedos. Tengo que controlarme, o no sé qué me pasará.

Amanda, tú puedes regularte.

Inspira, espira.

—¿De verdad que no te pasa nada? —comenta Wade tras colgar a los limpiadores—. Pareces... algo alterada.

—Estoy bien, ¿vale? De veras.

Maldita juventud. ¿Por qué no puedo dejar de pensar en esto? Qué calor me está entrando.

Recuerdo cuando, en la oficina de mi madre, me senté sobre él. Matarla me excitó, lo admito.

¿Me sudan las manos?

—¿Seguro, niña? —Frunce el ceño—. ¿Quieres un poco de agua?

—¡No necesito agua!

—¡Vale, tranquila! Te ofrecería un café, pero ya veo que estás alterada, aunque lo niegues.

Recuerdo cuando Ellen apareció en mi ducha. “¿Disfrutaste matándome, Amanda? ¿Te sentiste así?”, me preguntó mientras me provocaba un fuerte orgasmo con sus dedos fríos y muertos.

Amanda, respira.

El humo sube por mis brazos.

Tengo que calmarme, pero, por otra parte, hace tanto tiempo que no siento a Wade dentro de mí...

El humo casi se ha apoderado de mí.

—Wade... —susurro—. Tengo que pedirte una cosa.

—Tú dirás, niña. ¿Quieres que compremos algo de comida a la...? —Observa mis mejillas, al rojo vivo—. Hablo en serio. ¿Te encuentras bien?

Camino hacia él con decisión y lo lanzo hacia el sofá con un empujón.

—¡¿Qué haces, Amanda?! —pregunta, confuso—. ¡¿Por qué tus mejillas están tan rojas?!

Sonrío.

—Son para comerte mejor.

Me siento sobre él y muerdo su cuello, saboreando con mi lengua su piel carnosa y caliente. Noto un ligero sabor a sangre.

El humo crece.

Su olor me pone cada vez más caliente.

—Amanda, deberíamos ir al coche a...

Estrujo sus mejillas y lo beso en su boca, terminando con un mordisco que estira su labio inferior. Wade respira con dificultad, y noto el calor que sube y crece por su entrepierna. Hace tanto tiempo que no follo con él, que dudo que el pobre sobreviva.

—Cállate, Wade. Harás todo lo que yo te ordene.

—Vale, me parece fantabuloso, pero antes de que empeemos a hacer cositas más sucias, deberías saber que dos...

—Si te corres en dos minutos, no me importa. Tu boca tendrá fuerzas para terminar el trabajo.

—No es eso, Amanda. Es que...

—¡¡Calla!!

Sé que hemos acordado ir poco a poco, pero esta situación me ha traído recuerdos salvajes y necesito tener un orgasmo, ¡ahora! La libido me está poseyendo.

Me levanto y me bajo la falda de espaldas, mostrándole las preciosas y perfectas piernas que lo van a devorar. En lo alto, el rey culo está sentado en su trono, redondito, irresistible y apetecible, como dice Wade.

Me dejo puesta la parte superior.

Se relame y babea como un perro hambriento.

—Joder, Amanda —susurra—. Eres perfecta. ¿Estás segura de que quieres hacerlo? ¿No ibas a yoga para controlar tus impulsos?

Desabrocho su cinturón, y tiro de sus pantalones y ropa interior hacia abajo con violencia. Su soldado me saluda, firme y preparado para la batalla. Dejo caer unas gotas de saliva sobre su glande y lo abrazo con mi mano. Lo muevo y emite un sonido viscoso. Wade pone los ojos en blanco. Una vez lubricado con mi fluido bucal, me siento sobre mi compañero y lo introduzco en mi vagina, suavemente y con cuidado. Abrazo a Wade mientras desciendo, que gime y me mira como un perverso.

Su arma entra en mí, dura como una piedra, poco a poco, hasta llegar al final. Un escalofrío, acompañado de un ligero placer, recorre mi espalda.

—¿Decías algo, Wade? —Pongo sus manos en mis nalgas para que disfrute de su suave tacto. Al tocarme, noto en mi interior cómo su polla se mueve. Está disfrutando, y saberlo me apasiona—. Acabo de... —respiro— hacerte una pregunta. —Arriba y abajo, con un sonido gelatinoso—. ¿Quieres que pare de hacer esto, Wade? ¿Quieres que dejemos de follar así?

—No. —Traga saliva—. No pares, por favor.

Nos besamos despacio, sintiendo el calor y sabor de nuestra saliva. No tenemos ninguna prisa.

Arriba, despacio.

El humo negro baña mi piel y me quema.

Abajo, con suavidad.

—¿Cuántas veces te has masturbado desde que no follamos, Wade? —susurro—. ¿Cuántas veces te has corrido a solas pensando en mí? Quiero que me lo digas.

—Muchas veces, durante el día y la noche —susurra, levantando mi camiseta roja, y desabrochando mi sujetador por detrás.

Lame el centro de mis pechos con sus ojos cerrados como un bebé alimentándose. Hemos perdido la razón, y el sexo se ha apoderado de nosotros. Nada más importa, solo nuestros cuerpos, conectados.

—¿Y tú, niña? ¿Me vas a decir que no te has masturbado recordando nuestros momentos?

Subo con calma, notando su carne deslizándose en mi interior.

Aplasta mis pechos contra él.

Mi orgasmo llega.

Echaba tanto de menos esto...

—Menos veces de las que tu cochina mente está pensando, imbécil —respondo.

Emite una risita mezclada con un gemido.

Bajo con lentitud.

Lanzo un escandaloso alarido cuando llega el placer.

A Wade le excitan mucho mis gritos cuando follamos.

—Amanda, lo noto muy mojado por dentro.

Asciendo más deprisa.

—¿Y eso es malo?

Bajo con un golpe seco.

—Mucho, porque... —gime y respira con dificultad— duraré muy poco.

—Hace mucho que no lo hacemos y es normal que mi cuerpo reaccione así. —El placer aumenta con velocidad—. ¡Joder, Wade! ¡Necesitaba esto!

El humo negro me quema la piel y crece sin control. Mierda. ¡Debería parar, pero no puedo, no ahora! Subo y bajo, agarrada al cuello de Wade, y embistiendo mi culo contra sus muslos.

—¡No tan deprisa o me voy a...! —pide Wade—. ¡La madre que te parió, Amanda! ¡Cómo follas!

Una y otra vez, con intensidad, su polla y mi coño conectan durante minutos con deseo, desesperación, y una fluidez espesa que, unida a nuestros gritos, se convierte en la representación auditiva más extrema de la lujuria.

—¡Mi madre está muerta y bajo tierra, Wade! —¡Me voy a correr!—. ¡¿Recuerdas cuando la matamos?! ¡Me sentí poderosa!

¡Ya llega!

—¡Amanda, no puedo aguantar más! ¡Detente, por piedad! —¡Alcanzo mi orgasmo, temblando y gritando sobre Wade, llevada por el éxtasis del placer, mordiendo sus labios hasta hacerle sangrar! ¡Necesitaba sentirlo dentro de mí!—. ¡*Afanda*, me hacef daño!

Sin perder ni un segundo, me levanto, sacando a su guerrero de dentro de mi cueva. Caigo desplomada por el agotamiento sobre él, con su polla empapada de mí quedando entre nosotros, como un niño reclamando la atención de sus padres. Mientras lo beso con suavidad por el agotamiento, acaricio la cabeza del guerrero para que termine. Libero su boca; creo que quiere decirme algo. Nuestras frentes conectan su sudor mientras le doy el placer final con mis manos.

Siento el aire de su aliento en mi cara.

—Amanda —susurra—, me corro.

—Relájate y hazlo. Céntrate en mi mano y déjate llevar.

Nuestros ojos están muy cerca, mirándose sin cerrarse, cuando Wade eyacula sobre mi mano varias veces. Jadea y sonrío con cada lanzamiento, que es escoltado por un leve e intenso orgasmo. Siento el calor de su semen resbalando por mi mano y mezclándose con mis dedos al seguir moviéndola para enviar más placer al cerebro de Wade.

Todavía desnuda y sentada sobre él, recupero el aliento.

Parece que su turno ha terminado, porque relaja los hombros.

—Ya está, niña. Suéltala. Hemos dejado el sofá de Matt hecho un asco —se burla con una sonrisa—. No podría describir lo bien que follas. ¿Sabes? Deberías escribir un libro sobre sexo.

—A ti tampoco se te da nada mal, Wade. —Jadeo al ritmo de los latidos de mi corazón—. Te amo.

Espera, Centinela... ¿Qué acabo de...?

—¿Te amo? ¿Acabas de decir “te amo”? —pregunta, incrédulo.

Me alejo, avergonzada, dando varios pasos hacia atrás.

—¡Qué asco, Wade! ¡Tengo las manos pringadas con tu cosa! ¿Habrá algún baño por aquí?

—¡No cambies de tema, Amanda! —Se levanta, ofendido. Su miembro todavía está erecto y deja caer una gota residual de su fluido en el suelo. Me señala con el dedo acusador—. ¡Tú y yo acordamos ser amigos con autorización para tener relaciones sexuales! ¡Recuerdo lo que me dijiste la noche que matamos a tu madre, cuando llegamos a mi casa, y te pregunté sobre nuestra relación! “Soy joven, Wade, y tengo necesidades —recuerda con un tono burlón—, así que antes de jugármela acostándome con un desconocido y arriesgarme a que sea uno de Los Hijos de la Luz encubierto con intenciones homicidas, prefiero hacerlo contigo. Al fin y al cabo, ya lo hemos hecho y confío en ti.” ¡¿Y ahora vas y sueltas que me amas, así por las buenas?!

—No he dicho “te amo”, he dicho “qué rabo” —miento—. Deberías sentirte halagado de que una tía tan buena y joven como yo te diga que tienes una gran polla.

—¡Me sentiría halagado si hubieses dicho eso de verdad, pero has confesado que me amas y en ningún momento que mi polla sea colosal!

—¡¿Colosal?! ¡Tampoco te vengas tan arriba, Wade! —Doy vueltas por la sala—. ¡Joder! ¡¿Se puede saber qué clase de enfermos somos como para echar un polvo así frente a dos putos cadáveres?!

—¡Te recuerdo que has sido tú la que se ha echado encima de mí!

—¡Tú tampoco te has apartado, espabilado!

—¡Tengo más de cincuenta años y una tía de veinticinco...!

—¡Veintiséis!

—¡Veintiséis años, con un culo para partir nueces de California y parte de Oklahoma, quería echarme un polvo! ¡¿Cuántas oportunidades como esta me pueden quedar en la vida?! ¡No me importaría estar nadando entre vísceras, sangre y huesos humanos! ¡Si una mujer como tú me pide un coito, se lo doy, y punto!

Dejamos de gritar al darnos cuenta de que parecemos estúpidos.

—Gracias... por decir que tengo un culo espectacular —susurro.

—No he dicho que fuera espectacular; he dicho que era para partir nueces. Vale, sí; técnicamente, viene a ser lo mismo. Y has dicho que me amas, digas lo que digas.

—Creo que dejaré las clases de yoga. Visto lo visto, no sirven para nada.

—De momento, deberíamos limpiarnos un poco. ¿Crees que habrá alguna ducha en el cuarto de baño? Matt hacía cosas muy raras aquí, así que es probable. No deberíamos seguir desnudos cuando lleguen los... —Wade se queda congelado y gira la cabeza hacia la ventana—. Mierda...

—¿Qué te ocurre?

—Es lo que intentaba explicarte antes de que empezáramos a follar. Los dos limpiadores me dijeron que andaban cerca y que llegarían en apenas unos...

Dos hombres con mono de trabajo, uno rojo y el otro verde, nos miran atónitos tras la ventana, empañándola con su aliento. Uno es bajito y regordete, y el otro es alto y delgado. ¿Serán hermanos?

—Menudo espectáculo les hemos dado a los limpiadores —comento—. Por cierto, Wade. ¿Cómo es posible que no tengas ni una cana? ¿Utilizas algún tipo de tinte capilar?

VOLVIENDO A CASA DE YAYA GALVIN

Wade me ha dejado en casa de la abuela Galvin y se ha marchado a la suya tras recordarme, por enésima vez, ese “te amo” que se me escapó. ¿Por qué se lo dije? Estaba llevada por el éxtasis, eso fue todo. Hacía mucho tiempo que no tenía un orgasmo como Dios manda, perdí la cabeza, ¡y el capullo de Wade se lo tomó a pecho!

Recorro el último sendero hasta la casa de la abuela Galvin, en soledad y en mitad de la noche. La propiedad está alejada de la mano de Dios. Vivo con ella desde que encontré a William, a mi niño. El pobre todavía cree que soy su tía. Sigue siendo muy pequeño para explicarle los motivos por los cuales sus padres se hicieron la cirugía facial y, sobre todo, la razón por la cual su padre... murió. Apenas tiene seis años. Todo llegará a su debido tiempo. Sé que será un shock para él y, probablemente, deje de hablarme para siempre, pero no puedo negarle la verdad toda su vida.

Por cierto, ¿qué hora es? Miro el reloj del móvil. Son exactamente las doce de la noche y William debe estar durmiendo.

Wade pudo dejarme en la entrada de la casa, hay un camino asfaltado hasta ella, pero me encanta recorrer este sendero sola. Me transmite mucha paz. Tras caminar durante largos minutos por un camino repleto de árboles a cada lado, llego a la casa. Es solitaria, envuelta en una gran oscuridad, y con luces ligeras saliendo de sus ventanas, como una aparición en mitad de un bosque tenebroso; sin embargo, su interior es acogedor. En el exterior hay un huerto diminuto que parece de juguete. La abuela Galvin enseñó a William a cultivar, y mi hijo se volvió adicto a la botánica. Patatas, fresas, lechugas... de todo. Me pareció escuchar que este mes intentarían plantar pepinos.

Abro la puerta de una valla de madera que separa el extenso terreno del acceso a la propiedad. Un vehículo llama mi atención. Hay una moto que me resulta familiar, aparcada fuera. ¿Es una Harley? Claro. ¿Cómo olvidar esta gran moto? La compré yo. Fue un regalo para una amiga especial. Parece que nos visita de nuevo, y espero que esta vez traiga novedades interesantes.

Entro en la propiedad con mis llaves.

El salón está unido a la cocina. Todo es antiguo, pero diáfano. La vieja televisión de tubo, que milagrosamente todavía funciona, descansa apagada en un rincón con una mecedora vacía enfrente. Le ofrecí a la abuela Galvin un televisor nuevo, plano, gigante, y de alta definición, pero se negó a deshacerse de su viejo compañero.

Vanessa, con su pelo largo y castaño, me mira con sus ojos grandes, brillantes, tiernos y azules. Está sentada junto a la abuela Galvin, equipada con su característico delantal favorito y sus medias por los tobillos. Toman té y charlan en una mesa redonda de madera maciza para unas cuatro personas. La utilizamos para comer durante nuestro día a día. La anciana, madre temporalmente adoptiva de William, me saluda con una gran sonrisa.

—¡Amanda, querida mía! ¿Qué tal fue el trabajo de hoy?

—Como el culo —me lamento—. La información que nos dio Robbie sobre el doctor Doran era correcta, pero el paciente no se tomó muy bien la verdad.

No necesito mentir frente a Vanessa. Sabe que estamos cazando a Los Hijos de la Luz.

—Vaya por Dios. Cambiando un poco de tema. Tu amiga Vanessa ha venido a visitarte porque tiene algo que contarte. —La abuela Galvin se pone en pie—. Os dejaré solas para que habléis tranquilas. Mis piernas no son tan jóvenes como las vuestras y, cuando llegan estas horas, necesito acostarme para recuperar fuerzas.

—Señora Galvin, perdone que la visite a estas horas sin avisar —se disculpa Vanessa—. No quería molestarla.

—Tranquila, cielo. No es necesario que pidas disculpas. Me agrada mucho tu compañía.

—¿William está durmiendo? —pregunto.

—No. Le di tres cafés, y ahora está en su cuarto viendo porno y fumando marihuana. ¿Tú qué crees, Amanda? Tiene seis años; claro que está durmiendo.

Incluso siendo sarcástica, esta anciana despierta mucha ternura.

—Perdone, señora Galvin. Estoy agotada y no puedo pensar con claridad —me disculpo.

—No me hables “de usted”, por favor, querida. Sé que soy vieja, pero hablándome así, me haces sentir todavía mayor. —Se aleja con paso lento y torpe—. Buenas noches, chicas. A ver si tengo suerte y sueño con un culturista en la playa que me alegre la noche.

Esta señora es una pasada. Está como una cabra, y me encanta. Cuando sea una vieja decrepita, quiero ser como ella.

—Perdona, abuela. Que descanses —me despido.

La anciana, extenuada por su avanzada edad, se aleja haciendo sonar sus chanclas de estar por casa con cada escalón. Debajo de su talón, las zapatillas rebosan bolas de algodón desgastado que luchan con desespero por no despegarse de la suela. Insistí en regalarle unas nuevas, pero se negó rotundamente. Es una mujer de costumbres, por lo que parece.

Voy a la cocina, cojo un vaso limpio, vuelvo a la mesa, aparto una silla con cuidado para no hacer ruido y molestar al pequeño durmiente, y me siento frente a mi amiga. Vierto un poco de té en mi vaso y doy un par de sorbos. Sabe a... Es té de hierbas y sabe a hierbas, ¿qué más podría decir?

—Me alegro de que te guste mi regalo, Vanessa. Esa moto es una pasada.

—Y te lo agradezco infinitamente, Amanda. Gracias a ti, ya no necesito coger el autobús. Detesto el olor a sudor y vino barato de los pasajeros de esa zona, pero un compañero del hospital me dijo que ese modelo de moto contamina mucho y contribuye al calentamiento global.

—Dile de mi parte a tu compañero que se puede meter sus comentarios y un par de pingüinos vivos por el culo.

Mi amiga suelta una risita graciosa.

—Tranquila, Amanda. Ya se lo dije yo.

Doy un trago.

—¿Has venido aposta hasta aquí para agradecerme que te regalara la Harley? No era necesario, no voy escasa de fondos precisamente. Si necesitas algo más, solo tienes que pedirlo.

—No he venido a visitarte para agradecerte la moto —niega rotundamente con mucha seriedad—. Amanda... —traga saliva—, le encontré.

Acomodo mi culo en la silla y presto atención.

Esto me interesa.

—¿Te refieres a...?

—Sí. Vive a las afueras de la capital, en un barrio un tanto conflictivo. Ya sabes. Drogas, prostitución...

—Pues mucho mejor. Así nadie se alertará con sus gritos.

—Deberíamos hacerle una visita sorpresa, ¿no crees? Él es la única conexión que tenemos de mi padre con Los Eruditos.

—Da un sorbo a su té—. Escuché a mi padre nombrando a Los Hijos de la Luz alguna noche. Investigué un poco y descubrí que se trataba de una organización muy secreta.

—Secta, Vanessa.

—No llegué a contarle esto a Alan. Los rumores en libros e Internet mencionaban las barbaridades que supuestamente hacían. Nunca llegué a considerarlo. Al conocerlo, mis peores pesadillas se hicieron realidad. Sigo preguntándome, ¿para qué me adoptaría un hombre que solo pensaba en hacer daño a niños inocentes? ¿Para qué tener en su casa a una niña que podría revelar a las autoridades sus crímenes?

—Debe haber alguna conexión entre tu padre y nuestra visita de hoy, y la descubriremos, pero antes de salir, necesitare tomarme un café porque estoy agotada. También quiero echar un vistazo a William. Si no contemplo su cara antes de marcharme, no me quedo tranquila. Solo tardaré un par de minutos.

—Claro, Amanda. Esperaré aquí sentada, degustando mi curioso té con aroma de... ¿Puedo saber de qué es este té? No le comenté nada a la abuela Galvin por educación, pero sabe a césped mojado —susurra Vanessa con una voz muy dulce.

—Solo ella sabe de dónde lo saca, así que mejor no preguntes. Bebe y no te centres en el sabor. Quédate tranquila; no morirás.

—Agradezco la cortesía de la abuela Galvin, pero su té es...

Saca la lengua en señal de asco. Es demasiado educada para decir lo que piensa.

—Puedes decirlo; es una basura. —Tiro mi té por el fregadero—. Subo un momento a despedirme de William y nos marchamos.

—Prepararé el café.

Dejo sola a mi amiga en la cocina y, escalón a escalón, subo a la primera planta. Entro en la primera puerta que hay a la derecha. Es de madera blanca y tiene dibujos pegados con cinta transparente. Uno de ellos es un autorretrato de William pintado con lápices de madera. En la obra de arte, está enfadado con la abuela Galvin por fumar. La regaña, y ella agacha la cabeza. ¡No está nada mal para su edad! Me parece una grandiosa forma de representar una fuerte crítica social sobre los problemas de salud relacionados con la adicción a la nicotina. Me siento orgullosa, ¿no se nota? En otro dibujo aparece un dragón que escupe fuego con una furia abismal. ¡Guau! ¡Tiene un talento increíble! ¡Expresionismo en estado puro! ¡Chúpate esa, Picasso! Ahora que lo pienso, ¿Picasso era expresionista? No lo recuerdo y tampoco me importa mucho. Wade opina que los dibujos no están mal y se podrían mejorar, sin embargo, su opinión no me importa una mierda y para mí son unos dibujos perfectos.

Abro la puerta con cuidado para no despertarle. Duerme como un bebé. Soy consciente de que ha crecido y ya no lo es, pero, para mí, sigue siéndolo. Por la ventana, con la persiana entreabierta, entra una tenue luz lunar que emite un rayo

grisáceo e ilumina la parte inferior de la cama y sus juguetes. Por suerte, la luz no toca su dulce carita.

Me acerco de puntillas hacia la mejilla más apetecible del mundo para darle las buenas noches. Espero no despertarle.

Agradezco con toda mi alma que mi hijo no heredara mi trastorno.

Ríe por lo bajo, sin abrir sus ojos, y me pregunto, ¿qué soñará?

¿Tú qué opinas, Centinela? ¿Soñará que es un apuesto caballero y lucha con su espada y escudo contra dragones, o quizá con juguetes cobrando vida en una serie de películas animadas, secuela tras secuela? ¿Recuerdas alguno de los sueños de tu infancia?

Adhiero un beso a la palma de mi mano, y toco con esta su mejilla para pegar el beso en su piel. No quiero dárselo con mis labios para evitar tropezar al agacharme y sacarlo del mundo de los sueños por accidente.

—Buenas noches, bichito mío —susurro—. Te quiero mucho.

Daría mi vida y mataría por él sin dudarle.

¡No podría ser una madre más horrible! Es mi hijo y todavía no sé cuáles son sus personajes favoritos de dibujos animados. Estoy segura de que la abuela Galvin los conoce a todos. ¿Habrá dibujado alguno? Echaré un vistazo a su cuarto. Hace mucho tiempo que desconecté de la televisión, pero me supera la curiosidad.

Saco mi móvil y alumbro con cuidado a los dibujos que están pegados sobre las paredes. Está empapelada con personajes excéntricos. ¡No me suena ni uno! Veamos... ¿Una niña cerda antropomorfa, con un niño cerdito más pequeño a su lado? Esta cosa tan grotesca, ¿cómo se llamaba? ¿Peppa, La Puerca?

No te rías, Centinela. No tiene ninguna gracia, ¿vale? Acabo de decir que estoy muy desconectada de estas cosas.

Hay varios personajes que no me suenan de nada. Otros, aunque los recuerdo a simple vista, ignoro su nombre. Un dragón negro muy mono y sonriente, adiestrado por un joven vikingo, y un hombre disfrazado de erizo rosa. ¡Este lo veía yo de

niña y ya era un personaje viejo para entonces! Era de los pocos programas de televisión que la hija de puta de mi madre me permitía ver. Si no recuerdo mal, se llamaba... ¿Espinose? Era algo así.

Sigo cotilleando y... ¡Anda, el fontanero italiano del llavero que encontró Wade! Ahora sé que es el personaje protagonista de un videojuego famoso. La abuela Galvin desempolvó una vieja consola de juegos de James, y la enchufó para William. Es antigua, pero dicen que los clásicos nunca mueren. He visto a William jugando de vez en cuando a ese juego. Se pasa los niveles con los ojos cerrados.

¿Y esto? Parece que hay otro dibujo. No lo veo muy bien, y necesito acercar mucho el móvil para distinguir qué es. De todos los que cuelgan de su pared, este es el único en el que se ha retratado a sí mismo con su nombre, William, escrito encima. A su lado, hay una figura igual que la suya en estatura y forma, pero más oscura y con ojos rojos. Tiene escrito otro nombre encima.

¿Qué pone?

¿Qué nombre es?

No...

No puede ser.

Hago una foto al dibujo con la cámara del móvil y se la envío a Samuel.

—Lo ha hecho William. Estoy algo preocupada —escribo.

Espero unos segundos y recibo su respuesta.

—¿Ese dibujo es real? —responde—. ¿Has hablado alguna vez de ese tema delante de William?

—No, que yo recuerde.

—Se lo enseñaré a un amigo que tiene un amplio conocimiento en estos asuntos y te contestaré lo antes posible.

—Vale, Samuel, y gracias.

—Para eso estamos.

Guardo el móvil en mi bolsillo.

No creo lo que veo, pero el nombre del personaje con ojos rojos está claramente escrito.

El Señor de Luz.